

SOÑAR DESPIERTO

Jorge Urreta

Otra vez sucedía. De nuevo, Alfredo Martín se encontraba en uno de sus habituales episodios de ensoñación, cuando se suponía que estaba en la universidad concentrado en plena clase de física aplicada. A pesar de que su cuerpo se encontraba realmente allí, su mente estaba sin lugar a dudas en otro sitio. Soñar despierto era, como solía decir siempre su madre, uno de sus hábitos más deplorables, adjetivo éste que Alfredo consideraba excesivamente exagerado para definir una actividad tan sumamente placentera.

Era un soñador desde que adquiriera uso de razón. Solía mantenerse quieto durante largos periodos de tiempo mirando al vacío, como si no tuviese nada ni nadie alrededor. También era escritor aficionado casi desde el momento en que fue capaz de sostener un lápiz, y soñar despierto era se forma habitual de inspirarse. Nunca había publicado nada y no estaba seguro de querer hacerlo, pero por otro lado le encantaban sus momentos de abstracción y las historias que de ello surgían. Por lo general, solía acabar por olvidar la mayoría de sus sueños, pero algunos habían llegado a convertirse en relatos cortos bastante notables que bien podrían haber sido publicados.

Durante sus sueños, tendía a verse a sí mismo como un héroe todopoderoso sin ningún punto débil, el tipo valiente que aparecería montado sobre su blanco corcel para salvar a la atribulada princesa cautiva. En los sueños él era siempre un tipo bien parecido pero humilde, a la par que fuerte. Habitualmente, solía soñar con alguna mujer que le atraía y que siempre parecía encontrarse en dificultades. No aparecían dragones que capturaban hermosas y jóvenes princesas, pero siempre había algún peligro que él podía superar.

Soñar despierto solía ocupar casi todo su tiempo, y a veces incluso el que debería dedicar a dormir. Aunque los sueños nocturnos eran también algo muy placentero, siempre había preferido los diurnos. Se sentía más seguro así, sabiendo que podía controlar el sueño e incluso encaminarlo en la dirección que él quería. No le gustaba la sensación de verse a sí mismo dentro de un sueño que no podía controlar y, durante los últimos años, había reducido sus horas de cama a tres o cuatro por noche. Solía tener aspecto cansado y adormilado durante todo el día y su madre no dejaba de decirle que debería echarse una siesta, pero él no se preocupaba por eso. La fatiga era

ya algo familiar con lo que había aprendido a vivir, por lo que suponía que podría seguir así por muchos años. Pasaba casi todos los días simplemente sobreviviendo, y sus sueños eran una gran ayuda para conseguirlo. Sólo pensaba en vivir sin problemas ni preocupaciones, acabar la universidad —que había sido una imposición de sus padres— y tal vez, en un futuro cercano, ganarse la vida convirtiendo sus sueños en exitosas novelas o al menos relatos cortos.

Y ahí estaba de nuevo. Otro día en la universidad y otro día en su propio mundo. Desde el primer día de clases, siempre había llevado consigo a clase una pequeña grabadora digital que le permitía centrarse en sus sueños, al tiempo que ella trabajaba por su cuenta. Las clases de la universidad le resultaban muy aburridas, razón por la cual solía pasar la mayor parte del tiempo soñando nuevas historias, tanto si era para guardarlas como si iban a ser tan efímeras como de costumbre. A veces, llegaba incluso a escribir algunas ideas sacadas de los sueños, pero la mayor parte del tiempo se limitaba a permanecer sentado con la mirada fija en el profesor como si le estuviese prestando atención.

Era su último año de facultad, así que había empezado a tomar en consideración la posibilidad de escribir una novela basada en los sueños que había imaginado durante los últimos días. Había creado un personaje sin nombre que estaba recibiendo algún tipo de tratamiento psiquiátrico y había imaginado un problema de múltiple personalidad que le resultaba muy interesante, ya que un personaje como ése podría dar mucho juego y, sobre todo, ser totalmente impredecible. Aún le quedaban tres horas de clase ese día, por lo que pensó que podría llegar a escribir unos cuantos buenos pasajes si era capaz de concentrarse en ello. La pequeña y siempre útil grabadora digital estaba ya trabajando y tenía una memoria con capacidad para más de tres horas, así que él se olvidó de la física aplicada, cogió un lápiz, y empezó a escribir en un pequeño cuaderno mientras el relato fluía en su mente. Las palabras acudían a su cabeza cada vez con más facilidad y justo cuando creía que iba a ser capaz de escribir todo un capítulo, sucedió algo inesperado. Tras casi una hora de escribir, sintió una fría mano en su hombro derecho. Supuso que sólo podía ser una de las manos del profesor, por lo que decidió dejar de escribir y levantó la mirada mientras se preparaba para lo que pudiera ocurrir.

—¿Otra vez soñando despierto? —preguntó el profesor— ¿y qué personalidad ha sido esta vez?

Alfredo levantó la cabeza y con gran sorpresa se dio cuenta de que ya no estaba en la universidad.

Se encontraba en lo que parecía ser la consulta de un médico que, aunque le resultaba muy familiar, no era capaz de identificar.

—Tienes que poner más de tu parte si quieres recuperarte, David —dijo el doctor— Si quieres mantener la cordura, es crucial que intentes diferenciar entre la realidad y tus sueños—. El médico carraspeó ligeramente y continuó hablando —Por el brillo de tus ojos, me apostaría un millón de euros a que era Alfredo quien estaba contigo esta vez. Tienes que olvidar a Alfredo, David. No te está haciendo nada bueno y pronto no serás capaz de regresar a la realidad. Esta vez te ha llevado casi una hora regresar, y eso es algo que debe cambiar.

—David, sí, soy David, David Robles, ¿qué coño ha pasado aquí?

—Nada, David, nada. Me temo que vamos a tener que vernos muchas veces en el futuro —Una campana sonó justo en ese momento—. Bien David, parece que nos hemos vuelto a quedar sin tiempo otra vez. Te veré de nuevo el miércoles a la misma hora y, por favor, trata de ser tú mismo esa vez.

FIN